

El Velázquez de Lerdo de Tejada

Leonardo Curzio

En las Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada, redactadas por Adolfo Rogaciano Carrillo, se menciona que el presidente Lerdo de Tejada tuvo en su pinacoteca nada menos que un cuadro de Velázquez. El periodista Leonardo Curzio se introduce en los terrenos de la hipótesis y se lanza a escudriñar los orígenes de esta historia fascinante.

Una de las grandes e indisputables ventajas de tener una ignorancia olímpica sobre la historia del periodismo mexicano del siglo XIX es que todavía se pueden hacer hallazgos luminosos como la antología de Blanca Estela Treviño, comentada recientemente por Margo Glantz en estas páginas, o descubrir algún pícaro que con habilidad suplantó la personalidad de un presidente. Voy al grano. Hace pocas semanas cayó en mis manos un libro intrigante. No es necesariamente una novedad, ya que tuvo gran difusión en las postrimerías del Porfiriato y en los primeros años de los gobiernos de la Revolución. Se trata de: *Las memorias de Sebastián Lerdo de Tejada*.

No tenía noticia de que Lerdo fuese autor de un libro de memorias pero su vida y sus circunstancias hacían perfectamente verosímil que hubiese emprendido semejante empresa. Como es sabido, Lerdo de Tejada fue presidente tras la muerte del Benemérito Juárez y su intento por seguir en el cargo, después de unas polémicas elecciones, fue frustrado por Porfirio Díaz en nombre de la ¡¡¡no reelección!!! Sangrienta paradoja. Una vez derrocado por la asonada de Díaz en 1876, el insigne político liberal tiene que preparar su salida del país, y en condiciones apremiantes para su seguridad y su vida,

fijó su residencia en Nueva York, en la Lenox House por más señas.

A pesar de los múltiples cantos de sirena entonados por el régimen y el intento reconciliador de Díaz, Lerdo permaneció firme y decidió no regresar. En su largo exilio neoyorquino tuvo tiempo de pensar en muchas cosas y por supuesto también de macerar dolores. Seguramente, en sus días solitarios, doblaba y desdoblaba episodios, evocaba a amigos y enemigos, reconstruía mentalmente intrigas y se lamentaría de algunas oportunidades perdidas. En definitiva, pensaba.

Era soltero aunque ejercía “una irresistible fascinación en las mujeres” y por lo tanto cabe suponer que disponía de aquello que en funciones presidenciales nunca tuvo: tiempo. Se solazaría con largas tardes de paseo (los pensamientos suelen llegar paseando) y en sus tardes de recogimiento invernal, frente a la chimenea, pudo muy bien rememorar y reflexionar sobre lo hecho y lo no hecho, sobre las fidelidades y los dobleces y en última instancia procesar todo aquello que un hombre que preside una República hizo o dejó de hacer; sus acciones y sus omisiones.

El exilio es amargo porque no ofrece un final heroico (Sócrates prefirió la cicuta) al desterrado; es amargo

porque desarraiga y obliga a vivir una vida que no es la propia, por amena y cómoda que ésta pueda llegar a ser. El desterrado vive una vida engendrada por sus enemigos y por las circunstancias, no producto de su voluntad. Es probable que la vida de los exiliados (habrá tal vez quienes consigan reinventarse) se conjugue siempre en pretérito y la necesidad de hacer cuentas con el pasado los empuje, casi de manera natural, a escribir memorias o a dictarlas como Napoleón lo hizo con Las Cases.

Además, es frecuente que los hombres de Estado que tienen finales poco comunes (por las buenas o las malas razones) decidan, en sus otoñales vidas, tomar la pluma para señalar perfidias y aclarar pasajes con el fin de justificar sus decisiones. Lerdo, la encarnación de la ley y el derecho, fue depuesto por un hombre cuyas principales armas eran los fusiles y las lágrimas (Díaz tenía esa habilidad de pasar por hombre sensible, tan valorada por nuestro pueblo) y seguramente tendría el pecho rebotante de indignación y la mente hirviendo de punzantes críticas. Era el candidato perfecto para escribir unas memorias.

Además de la autolegitimación, pesa también la íntima convicción de haber vivido momentos irrepetibles que deben ser recordados por generaciones venideras. La necesidad de contar la versión propia, para contrarrestar la palabrería de los enemigos, atrae como pavorosa vorágine a quienes ejercieron cargos tan delicados como los que él desempeñara en momentos tan extraordinariamente complejos como la Reforma, la guerra civil y la restauración de la República al lado de personajes como Juárez.

Pues bien, aunque todo se alineaba para que las vicisitudes de Sebastián Lerdo de Tejada quedasen plasmadas en unas vibrantes memorias, nunca ocurrió tal cosa. Las memorias fueron escritas por un periodista llamado Adolfo Rogaciano Carrillo.

Don Sebastián, dice Carrillo, era en el plano intelectual más que un genio, un coloso y sin embargo (que se sepa) nunca tomó la pluma para combinar sus lecturas con sus experiencias vitales y plasmarlas en un texto, pero lo que sí hizo fue abrirse (como lo haría cualquier humano) con un periodista, que al igual que él, llegaba a Nueva York humillado y ofendido. El periodista en cuestión llegó famélico y tiritante de frío a la órbita del insigne veracruzano.

Un periodista y un político exiliados y con todo el tiempo del mundo para hablar es la combinación más favorable para largas y aleccionadoras conversaciones. Para Lerdo el tener como compañía a un periodista pudo ser un espléndido frontón para perfeccionar sus recuerdos y reconfigurarlos de otra manera. La interacción con personas que preguntan e inducen (que es básicamente lo que hace un periodista) sirve para moldear los recuerdos y vivencias de nuevas e insospechadas maneras. Para



Sebastián Lerdo de Tejada

Carrillo: ¿qué más puede pedir un periodista que una buena historia que escuchar y después poderla contar?

Carrillo escuchaba con atención a Lerdo y pudo así redactar las memorias del ex presidente que en este año vuelven a ver la luz. La nueva edición del libro,¹ presentada por Alonso Lujambio, tiene la virtud de publicar el prólogo en el que Carrillo explica la rocambolesca (aunque en el fondo muy prosaica: era un asunto de dinero) historia de las memorias apócrifas. El prólogo se había publicado por separado en una revista especializada por Stanley Ross y ahora (por primera vez) libro y prólogo aparecen reunidos, como dos gemelos que se reencuentran a una edad tardía.

El texto es demoledor y presenta a Díaz (faltaría más) como un zafio, cruel y llorón. La historia de Carmelita (ahijada de Lerdo y después joven esposa del dictador) es impactante y en algo anticipa las páginas de Mario Vargas Llosa en *La fiesta del chivo*.

Hay muchas cosas sobre la vida de Carrillo y por supuesto de Lerdo que merecerían ser tratadas pero en este caso, en la hospitalaria brevedad de este espacio, quisiera centrarme en una que ha despertado mi curiosidad. En alguna parte del libro, Lerdo (o Carrillo) habla de una colección de obras de arte entre las que figuraba ¡¡¡un Velázquez!!! En una página avanzada del libro Carrillo (o Lerdo) señala de manera tajante lo siguiente:

¹ Adolfo Rogaciano Carrillo, *Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada*, estudio introductorio de Alonso Lujambio, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2011.



El amigo Payno, cuando escuchó rumores de huida, vino desde San Ángel, expresamente a verme a casa: suplicóme que si salía para el extranjero le dejara a guardar algunos objetos de arte, para mí preciosos, y de difícil transportación. Por lo que pudiera sobrevenir, entregué al señor Payno algunos cuadros de los grandes maestros, mi vajilla de plata y muebles antiguos. Entre los primeros se encuentra un Velázquez que representaba un juego de dados, un Van Ostende denominado el novio, un Zurbarán que simboliza la entrada a una mezquita y por último el baile por Le Maitre (p. 170).

Al leer el texto tuve la impresión de que encontraba el mensaje de un naufrago en una botella. Lerdo reclamando a la posteridad la propiedad de un cuadro del más grande pintor de todos los tiempos. Eso no lo podía dejar pasar. Enseguida el autor aclara el destino de tan preciados objetos:

Desde Nueva York supliqué al señor Payno que me remitiera los cuadros, pero me pretextó lo malo del tiempo en el invierno de 1878. Después supe que el señor Payno había salido para Europa realizando sus fincas y bienes de México, con la excepción de unos cuadros, que al presente adornan los salones de su casa de la avenida Friedland en París. La familia de Romero Rubio se quedó con otros objetos y yo me fui preparando para la gran expatriación, que no terminará ni con la muerte (p. 171).

Dejemos las vajillas y los otros cuadros de lado, hagamos lo mismo, con el permiso del lector, de la perfi-

dia de Payno y por supuesto del dolor que los Romero Rubio (padre e hija, amigo y ahijada) le causarían por su cercanía con el dictador y concentrémonos en el hecho novedoso y muy impactante de que Lerdo tenía un original de Diego Velázquez. ¿Era realmente un original?

Descartemos que la tela fuese una copia por el propio valor que se le adjudica en el texto. Nadie, en su circunstancia, se mortificaría por una reproducción (a menos que lo hubiesen estafado). El cuadro era (según las memorias apócrifas) una de sus posesiones más apreciadas. Los datos que nos ofrecen las memorias llegan hasta allí. No sabemos nada más. ¿Cómo y cuándo pudo llegar tal cuadro a tierras mexicanas? Entremos al corazón del asunto.

Si algún pintor ha ejercido una fascinación secular ése es Diego Velázquez. No es tema de este artículo (y mucho menos competencia del autor) hablar de la paleta velazqueña, simplemente trazaré unas líneas contextuales. El pintor, amado por el rey “planeta” (Felipe IV) por su cercanía y buen gusto, no solamente pintó a la familia real en todas las ocasiones imaginables (la más célebre son *Las Meninas*) sino que sus principales cuadros (*Las lanzas*, por ejemplo) se concibieron para decorar el evanescente salón de reinos del palacio del rey. Puede verse con deleite el trabajo erudito que Brown y Elliot han publicado sobre la decoración del desaparecido palacio del Buen Retiro.²

De origen humilde, don Diego gozó de fama y reconocimiento en su tiempo y llevaba con orgullo su cruz de caballero de la Orden de Santiago (orden reservada a quienes tuviesen origen noble, que no era en absoluto su caso). Fue innovador (como explica José Antonio Maravall en un portentoso ensayo sobre el pintor y el espíritu de la modernidad) no sólo por su arte, que ya extasiaba a sus contemporáneos, sino por la forma moderna en que ejerció su oficio de pintor, alejándolo de esa confusa frontera con la artesanía y los oficios no edificantes. Don Diego le dio esplendor a su oficio y sacó buen provecho monetario y prestigio social del mismo.

Nobles, cardenales y papas se disputaban su pincel, por lo tanto cada obra era esperada con avidez. Además del rey, a quien retrató en distintos momentos de su vida, sus cuadros eran codiciados por las grandes fortunas y los poderes del Estado y la Iglesia. El retrato de Inocencio X, expuesto en la Galería Doria Pamphili es, sin duda, el más famoso, pero hay muchos más. En El Prado puede verse a don Diego de Corral, alguna noble dama (Antonia de Ipeñarrieta y Galdós) y por supuesto muchos retratos de la familia real. También se conocen retratos del arzobispo Fernando de Valdez y Llano; hay otro esquivo retrato del cardenal Borgia, el carde-

² Jonathan Brown y John H. Elliot, *Un palacio para el Rey. El Buen Retiro y la Corte de Felipe IV*, Taurus, Madrid, 2003.

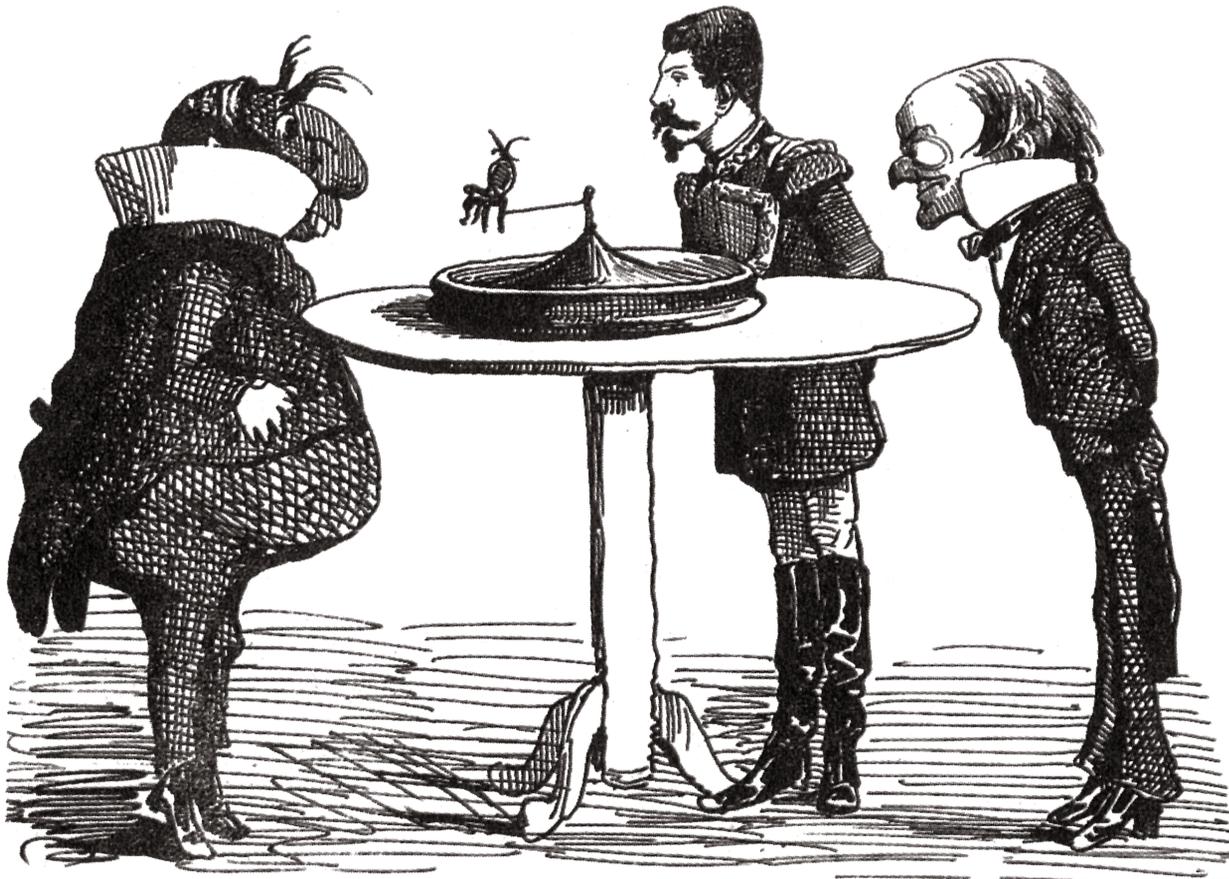
nal Astalli y uno más del cardenal Massimi. Además de príncipes de la Iglesia, se conocen varios retratos (ecuestres y de cuerpo entero) de su protector el Conde Duque de Olivares, otro soberbio de Francisco II D'Este que permanece en la Galería Estense de Módena. Don Cristóbal Suárez de Ribera se exhibe en Sevilla, don Juan Mateos en Dresde, en Detroit tienen un busto de un gentilhomme y en Fort Worth (en el museo Kimbell) tienen un espléndido retrato de cuerpo entero de don Diego de Barberana.

Tenemos una idea muy precisa del número de cuadros que pintó gracias a los catálogos de Morán Sánchez y López Rey. Además, el genio sevillano era un "comodino". Sabemos por múltiples y eruditas biografías (recientemente el gran hispanista francés Bartolomé Bennassar consagró una magnífica investigación panorámica³ a la vida del pintor) que salvo dos viajes a Italia con comisión real para buscar cuadros y esculturas para decorar los palacios reales, pasó la mayor parte de su existencia en Madrid. Por eso su obra está concentrada en El Prado. En algunos otros museos de España hay parte de su genial creación. En Valencia, por ejemplo, tienen un intrigante autorretrato, en Orihuela, Sevilla y Barcelona se pueden encontrar algunos más, pero la base de la colección se pintó, ha estado y está todavía en Madrid.

³ Bartolomé Bennassar, *Velázquez: une vie*, Éditions de Fallois, París, 2010.

Aunque se ha dispersado parte de la obra en algunos museos de Europa, el grueso se concentra en España y eso hace todavía más misterioso (¿improbable?) el caso de la obra en poder de Lerdo de Tejada. En Gran Bretaña (por el botín de Wellington) existe una apreciable colección. En la Apsley House está, por ejemplo, el célebre aguador de Sevilla y algunas telas más. En la National Gallery hay un ramillete inolvidable, entre los que sobresale su italianizante Venus al espejo. En Escocia, Dublín y en otro par de colecciones británicas (la Wallace y otra que se me escapa) atesoran alguna obra. En Viena, San Petersburgo, Rouen y Orleans hay también obras del insigne pintor, pero son contadas.

En la otra costa del Atlántico también tenemos algunas joyas. En América, además de las ya nombradas, están expuestas algunas obras en Nueva York, entre las que sobresale el *Juan de Pareja* (su esclavo liberado) que se puede admirar en el MET y el Felipe IV en Fraga (que es según muchos autores el mejor cuadro del rey que saliera de la paleta del genio) en la prestigiada colección Frick. En la Hispanic Society pueden muy bien enorgullecerse de tener tres ejemplos portentosos de la obra, uno de ellos un *Conde Duque* con manto negro y distintivo. En Boston está el célebre *Góngora*. En Texas, el museo Meadows tiene el enigmático retrato de una mujer y un par más de valiosas piezas. Brasil tiene la fortuna de contar con un excelso retrato del Conde Duque de Olivares de cuerpo entero, un cuadro gemelo al de la colección Huntington.



© ERIN/JUNAM

Pero no he encontrado rastros (no desistiré en el intento) de que algún cuadro haya llegado a México. Debo decir que tampoco he encontrado huellas de algún cuadro que tenga como tema el juego de dados, es decir, el Velázquez de Lerdo de Tejada. El juego de dados como tema tiene aroma de Caravaggio y eso me ofrece otra pálida hipótesis. Es importante precisar que si en la cumbre de su carrera como pintor dedicó todo su genio a inmortalizar a don Felipe (y algún otro personaje) de sus primeros años al lado de su suegro y maestro (Pacheco) quedan algunos cuadros costumbristas como la mujer, que fríe huevos, que todavía se exhibe en Edimburgo, el aguador del que hablábamos antes o incluso el Cristo en casa de Marta (Londres, National Gallery). Un juego de dados, protagonizado por el corso que le servía de modelo, cabe perfectamente como temática velazqueña. También podría perderse (igual que la madre de su hijo italiano) en algún resquicio de sus andanzas italianas. Nadie lo ha visto, pero yo lo presagio.

Los cuadros de Velázquez, sobra decirlo, han despertado la fascinación de pintores y escritores desde hace siglos. Sólo por citar al paso a los más destacados, tenemos a Picasso, Foucault, Ortega y Unamuno. Su obra es comentada, ambicionada, reseñada y catalogada y por

ello la posibilidad de encontrar un cuadro faltante, con las características referidas en las memorias de Lerdo, es remota. Pero no pierdo la esperanza porque desde la vertiente de la literatura encuentro un aliento. La posibilidad de encontrar un cuadro olvidado o perdido ha animado a escritores de gran prestigio. En esta línea tenemos una novela fantástica de Carmen Boullosa: *El Velázquez de París* (Siruela, 2007) en la que se da vida literaria a un cuadro perdido en un incendio (la expulsión de los moriscos). Otra muy recomendable es la *Riña de gatos* de Eduardo Mendoza (que por cierto ganó el muy bien dotado Premio Planeta 2010) en la que la venta clandestina de un Velázquez desconocido es el corazón de la intriga. Boullosa y Mendoza inflaman mi imaginación y alientan mi débil esperanza.

He revisado catálogos y he preguntado a conocedoras del patrimonio artístico de México (como Berta Taracena) y la respuesta es que no se tiene ninguna pista o indicio de que algún cuadro de ese genio de la pintura haya estado en territorio nacional. El único madero al que me aferro es el pasaje de las memorias de Sebastián Lerdo de Tejada.

Una ineludible pregunta a estas alturas es: ¿por qué tendría(n) que mentir señalando algo tan fácil de comprobar como la existencia de un Velázquez? ¿Pudieron (Lerdo y Carrillo) haber mencionado a otros pintores más prolijos (Rubens, por ejemplo) de los cuales es más complicado seguir el rastro y llegar a resultados concluyentes?

Pudieron hablar de riquezas incalculables en cuadros sin dar una pista tan contundente y tan fácil de rastrear como un Velázquez.

Con la limitada información de que disponemos toda especulación es válida. La primera posibilidad es que Carrillo se confundiera. A lo mejor Lerdo mencionó algún nombre célebre (Sánchez Coello, Juan de Juanes o Ribera) y al periodista le resultó sencillo suplir su descuido con cualquier otro nombre, pongamos Velázquez. Puede ser.

La segunda posibilidad es que Lerdo se marcara un farol (muy mexicano por cierto) frente al periodista haciendo aparecer su pinacoteca como algo sublime y con piezas tan selectas como una tela del sevillano. Somos muy dados a adornar la verdad y a exagerar sobre el valor de ciertas cosas, pero de allí a afirmar que tienes una obra de ese calado, hace falta sangre fría. Me sorprendería que un prohombre como Lerdo fanfarroneara de esa manera.

¿Pudo ser finalmente un agregado retórico del periodista para poner a Payno como un ladrón sin escrúpulos o un saqueador del patrimonio nacional?

No hay evidencia disponible de que el cuadro haya formado parte del patrimonio de Lerdo. Pero desde que leí esas memorias no puedo dejar de pensar: ¿y si fuese cierto? ¡¡¡Qué maravilla!!! U

